

que os ha prestado hasta hoy. Los pueblos de Europa no pueden luchar entre sí tan fácilmente como tú crees, y se someten á las leyes de la guerra. Ved el imperio de Austria, con el cual no puede compararse el vuestro en grandeza, que despues de una empeñada contienda, se ha visto precisado á ceder, no una ciudad, sino un reino con cinco millones de habitantes.

El Califa oyó todo esto con profunda afliccion, aunque conservando su dignidad, y contestó, por último, que si bien comprendia el asunto como el general O'Donnell, su hermano el Emperador lo veia desde léjos de otra manera; por lo cual necesitaba una próroga de algunos dias para escribirle.

Con razones muy poderosas se negó el Duque á conceder esta próroga, y concluyó diciendo: “Príncipe, tú en mi caso, obrarias como yo. Hace quince dias te quedaban cuatro mil hombres, y hoy tienes ya ocho mil. Cada dia que pasa aumenta tus fuerzas. Yo no deseo ni necesito tanto la paz, que comprometa por conseguirla la vida de uno solo de mis soldados. Pero si mañana, si cualquier otro dia tienes algo nuevo que decirme, yo recibiré tus parlamentos donde quiera que me halle; lo mismo en medio de una marcha, que en medio de la refriega. En el Fondach, en Tánger, donde quiera que vea venir una bandera blanca, suspenderé el fuego y escucharé á tus embajadores.—Ahora, ¡adios! Siempre consideraré una grande honra haber combatido y hablado con un general tan valiente y un príncipe tan ilustre como tú. Desde este momento volvemos á ser enemigos; mas no por esto disminuirá mi consideracion á tu persona.

—“Lo mismo digo en todo, respondió Muley-el-Abbas sumamente conmovido. ¡Dios lo quiere!... Dios ilumine la razon del Emperador... Yo no soy más que un ciego instrumento de ambos ¹.”

En seguida se levantaron los dos caudillos y se dieron afectuosamente las manos. Antes de separarse, O'Donnell presentó al Califa sus cinco generales, y luego partió con ellos. Los moros quedaron dentro de la tienda.

Así terminó esta importante conferencia, de la que hubiera podido resultar desde luego la paz, que muchos deseaban, y que bajo todos conceptos convenia dejar tratada en aquellos momentos, ya que ninguna ventaja habíamos de obtener de la continuacion de la guerra, y sí por el contrario, nos imponíamos estériles sacrificios, para ceder al fin en el punto capital de la contienda.

¹ ALARCON. *Diario de un testigo.*

VII.

Luego que el general O'Donnell llegó al campamento, de vuelta de su entrevista con Muley-el-Abbas, conferenció largamente con el comandante general de la Escuadra, D. José María Bustillo, quien partió inmediatamente, haciéndose á la mar con rumbo al Océano, y llevando la órden de bombardear los puertos marroquíes de Larache, Arcilla, Rabat y Salé. No nos detendremos en la relacion de este incidente, bastando saber que nuestra Marina desempeñó con bizarría su cometido en Larache y Arcilla, no pudiendo acercarse á las otras dos plazas por habérselo impedido el mal tiempo, que obligó á la escuadra á retirarse y tomar puerto en Algeciras.

Entre tanto, el Duque de Tetuan, que no habia querido conceder á Muley-el-Abbas dos dias de próroga, tuvo que aguardar más de dos semanas antes de decidirse á romper las hostilidades. Un temporal, que se declaró al mismo tiempo que la nueva guerra, impidió el desembarco de víveres, municiones y refuerzos que se esperaban. Por su parte los moros comenzaron desde luego á hacer sentir á los españoles los efectos de su odio. Las kabilas cercanas á Tetuan, obedeciendo á órdenes superiores, dejaron de llevar víveres á la plaza, y dentro y fuera de ella se cometian diariamente robos y asesinatos por enemigos invisibles. No era posible bajar á la Aduana despues de las cuatro de la tarde sin exponerse á sufrir los tiros de los moros ocultos en la orilla derecha del Jelú: por la noche los centinelas, los soldados que iban de ronda y los que estaban alojados en casas de marroquíes, eran alevosamente asesinados. Estos crímenes se repetian con mucha frecuencia, sin que fuera posible descubrir nunca á los agresores.

Por fin se supo que los principales autores de aquellas tropelías eran los habitantes de un pueblecillo de la inmediata sierra, llamado *Busemeler*. Envióse un batallon contra aquel pueblo; pero los fieros montañeses, lejos de intimidarse á la vista de la imponente fuerza que iba contra ellos, la recibieron á tiros; y desalojados de sus aduares, se retiraron tranquilamente á las más empinadas cumbres, donde se pusieron á fumar y á reir, burlándose de los españoles. Estos pegaron fuego á unas cuarenta casas; mas no consiguieron domar la fiereza de sus enemigos, hasta que amena-

zándoles con arrasar todo el pueblo é incendiar sus árboles frutales, pidieron capitulación, mostrándose al parecer arrepentidos.

El 27 de Febrero desembarcaron en la rada de Tetuan los cuatro Tercios vascongados, que mandaba el bizarro general D. Carlos Latorre. Estas fuerzas, despues de revistadas por el General en jefe, quedaron de guarnicion en la Aduana, mientras completaban su instruccion.

El 5 de Marzo llegó por tierra el general Echagüe con las tropas de su cuerpo de ejército, excepto seis batallones que habian quedado guarneciendo los reductos del Serrallo. Este refuerzo consistia en los regimientos de infantería de Borbon y Granada, los batallones de cazadores de Madrid, Cataluña, Alcántara y Barbastro, cuatro escuadrones de caballería, una brigada de Artillería de montaña y tres compañías de Ingenieros. Los recién llegados acamparon á vanguardia del segundo cuerpo, sobre las alturas que dominan el valle de Buchtjía, ó *Buceja*, como le llamaban los españoles.

Un nuevo temporal, que duró cinco dias, alejó los buques de nuestra escuadra de las aguas de Tetuan, quedando, por consiguiente, esta ciudad y el ejército reducidos á sus propios recursos, que pronto escasearon; porque los moros de todas las kabilas comarcanas, léjos de conducir á la plaza ningun género de comestibles, la tenian como bloqueada, y arreciaban en sus hostilidades parciales, repitiéndose con más frecuencia que antes los asesinatos y los robos de ganados.

Entre tanto, Muley-el-Abbas habia recibido considerables refuerzos de tropas, sobre todo, de la parte del Riff, cuyos belicosos habitantes acababan de conseguir una victoria contra la guarnicion de Melilla, sorprendiéndola desprevenida durante la noche; y envalentonados por este infame triunfo, pretendian arrojar á los españoles de la ciudad santa. Con tal propósito llegaron al Fondach, en número de unos ocho mil hombres, mandados por un jefe de pocos años, más audaz que prudente, llamado Cerid-el-Hach.

Segun despues contaron unos parlamentarios marroquíes, el caudillo de los rifeños, á los dos dias de su llegada, se empeñó en atacar á los españoles en sus propios campamentos; y como tratara de disuadirle Muley-el-Abbas de su temeraria empresa, rebelóse contra él, calificándole de pusilánime; y resuelto á obrar por su cuenta, sublevó gran parte de las tropas, que se decidieron á seguirle.

Oyendo misa estaban, por ser Domingo, el dia 11 de Marzo, á las diez de la mañana, el general O'Donnell con su Estado Mayor, y la guarnicion de Tetuan, cuan-

do se recibió aviso del general Echagüe, participando que por la parte del Fondach se habia presentado fuerza enemiga, en número de unos cuatrocientos á quinientos caballos. O'Donnell dió en el acto algunas instrucciones, y concluida la misa, marchó por el camino de Tánger, hasta llegar á las trincheras del primer cuerpo, desde donde observó que los llanos y alturas, á cierta distancia, estaban cubiertos de grupos de moros, cuyos movimientos indicaban tener grandes reservas á retaguardia.

Parecióle, sin embargo, al Duque de Tetuan, que los marroquíes solo se proponian hacer alarde de sus fuerzas, y se limitó á reforzar con algunos batallones del primer cuerpo las grandes guardias de la izquierda y frente; pero pronto hubo de tomar otras providencias, en vista de la actitud amenazadora del enemigo; pues á la una de la tarde comenzaron á presentarse las grandes masas retrasadas, dirigiéndose unas á pasar el rio Jelú, otras por el centro, y las más numerosas á tomar las alturas del pueblo de Samsa, que dominaban nuestro campamento.

Entonces se puso sobre las armas el resto del primer cuerpo, y empezó á maniobrar el segundo, al mando del general PRIM, con dos escuadrones de artillería montada y la division de caballería. Mientras los dos cuerpos se disponian para el combate, los moros atravesaron el rio, tratando de envolver nuestra izquierda; pero fueron cargados y rechazados por un escuadron de cazadores de Albuera, cuyo comandante perdió la vida, cayendo al agua con su caballo.

En aquel momento llegaron los escuadrones de artillería, y situándose convenientemente, rompieron el fuego por la izquierda y centro, y en breve dejaron el frente limpio de enemigos. Pero estos, despues de retirarse poniéndose á cubierto tras las ondulaciones del terreno, reaparecian, aumentándose su número, por la derecha, con el propósito de ocupar las ventajosas posiciones de Samsa. Mientras el general Echagüe trepaba por aquellas alturas con tres batallones y una batería de montaña, cargando á los moros á la bayoneta, y acosándolos sobre los escabrosos peñascos de la sierra, considerables masas de infantería y caballería marroquí se adelantaban por la llanura, llegando los ginetes á disparar sus espingardas á tiro de pistola de nuestras guerrillas.

Asi continuó la lucha, con varias alternativas, ganando y perdiendo terreno los moros, hasta que, creciendo estos en número y formalizado el combate en una extensa línea, dispuso el general O'Donnell un ataque decisivo y simultáneo contra todas las posiciones que ocupaba el enemigo, desde la izquierda, á orillas del rio, has-

ta las empinadas crestas de Sierra Bermeja. Por esta parte marchó el general Rios con cuatro batallones de la reserva, en apoyo del general Echagüe, que seguía pugnando por arrojar á los moros de las alturas de Samsa. Orozco fué á reforzar la izquierda con dos batallones de su division, y el Conde de Reus, con cuatro batallones de cazadores y dos escuadrones de coraceros, se encargó de atacar y tomar las posiciones del centro, en tanto que los generales Mackenna y Galiano quedaban en disposicion de caer sobre el llano, donde se hallaba la caballería marroquí.

El general PRIM dirigió calurosas palabras á sus cazadores, y poniéndose él mismo á la cabeza de las tropas, acometió brioso al enemigo: en breves momentos le arrojó de las posiciones que con numerosas fuerzas ocupaba, y haciendo colocar instantáneamente algunas piezas en batería, rompió un certero fuego sobre la caballería mora, que atacada á la vez por la brigada Mackenna y por los coraceros, se pronunció en precipitada fuga.

Desde aquel momento estaba ganada la accion por los españoles; pero sus tenaces enemigos continuaban resistiéndose de peña en peña y de monte en monte, hasta que al toque de ataque fueron arrollados en todas direcciones, llegando nuestras tropas en su seguimiento á legua y media de distancia del campamento avanzado: poco antes del anochecer coronaban aquellas los puntos culminantes de la sierra de Wad-Ras, desde donde aclamaron á España y á la Reina con gritos de entusiasmo.

Los moros habian desaparecido, dejando en el campo multitud de cadáveres, entre ellos el de su presuntuoso jefe Cerid, y habiendo sufrido una pérdida de cerca de mil hombres. No bajaban de quince mil los que habian entrado en accion.

Era ya muy avanzada la noche cuando las tropas del general PRIM regresaron á su campamento, sufriendo en el camino un fuerte aguacero, acompañado de viento: la lluvia, la oscuridad y lo quebrado del terreno hacian sumamente difícil y peligrosa la marcha, yendo los caballos continuamente expuestos á caer rodando al fondo de los precipios. De pronto se vió el Conde de Reus acometido por multitud de moros, que salieron de entre las breñas, como si brotasen del seno de la tierra. En grande apuro y gravísimo peligro se encontró entonces el valiente general, que necesitó hacer uso del rewólver para rechazar la imprevista agresion de sus enemigos; pero logró contenerlos, mientras acudian los batallones de Leon y las Navas, que cayendo sobre ellos, los dispersaron causándoles muchas bajas.

En la jornada del 11 de Marzo ocurrieron varios lances y rasgos de valor, dignos

de mencionarse. Fué notable el arrojo con que un cazador de Alba de Tormes, llamado Aniseto Mascuñan, se lanzó solo á la bayoneta contra el enemigo, adelantándose á su compañía, que avanzaba al mismo tiempo á la carrera. El general PRIM, que presenci6 el hecho, pregunt6 el nombre del bravo cazador, y al dia siguiente le hizo comparecer á su presencia.

—Dame tu mano, le dijo; que yo me honro de estrechar la de un valiente. Has merecido ser caballero de la 6rden militar de San Fernando, y lo serás; yo te lo prometo.

El soldado estrech6 con efusion la mano que su general le presentaba, y sin poder apenas proferir algunas palabras de gratitud, se retir6 con los ojos arrasados de lágrimas.

Otro cazador del batallon de Madrid, viendo á un teniente que habia caido en poder de un moro, corri6 á salvarle á toda costa, exponiendo su vida, y lo consigui6, luchando cuerpo á cuerpo con el moro hasta darle la muerte.

Un capitán de coraceros del Príncipe, llevado de su arrojo, se adelant6 más de lo que debia, y viéndose envuelto por multitud de moros, se defendió de ellos her6icamente, recibiendo cuarenta y cuatro heridas: en tal estado le retiraron sus soldados del lugar de la refriega.

Varios oficiales extranjeros, de los que seguian las operaciones de nuestro ejército, tomaron parte en el combate de Samsa. Dos de ellos, el baron de Jena, prusiano, y otro bávaro fueron heridos al cargar en union del segundo cuerpo; y como uno de nuestros jefes les advirtiese que no se expusieran tanto, le contestaron con estas expresivas palabras:—“¿No estamos entre ustedes?,”

A la mañana siguiente se presentaron como parlamentarios en el campamento del general PRIM el gobernador de Riff y su hermano Aben-Abú. Disculpáron á Muley-el-Abbas por el combate del dia anterior, atribuyéndolo al imprudente ardor de las kabilas recién llegadas al Fondach, y á quienes el Califa no habia podido contener. Aben-Abú estrech6 cordialmente la mano del Conde, y le dijo:—“Ayer te veíamos en el combate, y rogábamos á Alá por la conservacion de tu vida.”

Recibidos luego por el general O'Donnell, los enviados repitieron sus excusas, y pidieron la paz con vivas instancias, ofreciendo someterse á todo lo que el Emperador pudiera conceder sin disgustar á sus pueblos, é insistiendo en la imposibilidad de ceder á Tetuan. O'Donnell les despidió prometiéndoles consultar de nuevo al Gobierno de Madrid, á fin de obtener una modificacion de las bases propuestas anteriormente.

La contestacion del Gobierno á esta consulta fué, que no se conservase á Tetuan en propiedad; pero sí en garantía de una fuerte indemnizacion de guerra. Los moros no se conformaron con esta cláusula, que ninguna ventaja proporcionaba á España, y en consecuencia quedaron otra vez rotas las negociaciones de paz.

El 21 de Marzo se resolvió emprender la marcha sobre Tánger; sobre Tánger, que indudablemente caeria en poder del ejército español; pero á costa de mucha sangre, y á riesgo de no poder conservar aquella importante plaza marítima, como no fuese venciendo la oposicion de la Gran Bretaña, que nos habria declarado la guerra. No podia ocultarse nada de esto á la penetracion del general O'Donnell, y sin embargo, cumpliendo como militar y no como prudente político, se lanzaba esta vez á una lucha estéril, impulsado por las exigencias de un patriotismo mal entendido, para tener que ceder luego, despues de haber dejado escrita una sangrienta página de gloria en los campos de Wad-Ras.

VIII.

A las dos de la madrugada del dia 23 de Marzo, un cañonazo disparado en la torre de la Alcazaba de Tetuan dió la señal á todo el ejército para abatir tiendas, cargar los bagajes y prepararse á emprender el movimiento en direccion al Fondach.

A las cuatro y media, todos los cuerpos se hallaban ya formados en columnas sobre el terreno de sus respectivos campamentos, llevando raciones para seis dias; pero no pudo emprenderse la marcha hasta las ocho, á causa de la niebla que impedia ver los objetos á corta distancia.

Despejada la atmósfera, dióse la órden de partir, y el ejército se puso en movimiento con febril impaciencia: nunca se habia visto á nuestros soldados tan deseosos de batir al enemigo: no era el sentimiento del amor ó del orgullo pátrio, ni el afan de gloria lo que les movia; era la ira, la rabia, un frenético anhelo de vencer ó morir, acabando de una vez aquella terrible contienda.

El general Rios, con cinco batallones de la segunda division de reserva, tres de la vascongada y dos escuadrones de lanceros, marchó por la derecha con el objeto

de apoderarse de las alturas de Samsa, y seguir avanzando hasta situarse sobre los montes que dominan la izquierda del valle de Wad-Ras, á fin de cubrir la retaguardia, y mantener expeditas las comunicaciones entre el ejército y Tetuan.

El primer cuerpo, formando la vanguardia, inició el movimiento por el camino que, siguiendo la márgen izquierda del Guad-el-Jelú, conduce al puente de Buceja: detrás iba el cuartel general, y sucesivamente el segundo cuerpo, con una batería de montaña y la de cohetes; á continuacion la caballería, los bagajes y el tercer cuerpo; y por último, cerraba la marcha la primera division de reserva, con una batería y un escuadron de coraceros.

Marchando en esta disposicion, no era de temer que los moros intentasen ningun ataque serio por la derecha ó por retaguardia, ni que pudieran interrumpir el paso de nuestras tropas concentrando sus masas á la derecha, donde el terreno se presentaba más despejado, con dos rios y varios arroyos que bañan el valle. Tampoco se creia que por el frente acometiesen con empeño hasta la llegada de nuestro ejército á las inmediaciones del Fondach; pero, contra toda prevision, á la media legua de marcha, vióse atacada vigorosamente la vanguardia, mientras que muchos tiros sueltos, resonando en las alturas, en toda la prolongacion del flanco izquierdo, daban á los marroquíes la señal de aprestarse para el combate. Vióseles inmediatamente aparecer por todas partes, avanzando en numerosos grupos de infantería y caballería, unos hácia la vanguardia, otros hácia la orilla opuesta del Jelú. Nunca se les habia visto tan decididos, tan resueltos á jugar el todo por el todo. Fué necesario desplegar las guerrillas en la larga extension del flanco izquierdo, y que dos batallones del segundo cuerpo se destacasen para contener el empuje de los moros que intentaban pasar el rio: consiguieronlo, sin embargo, á la altura del tercer cuerpo, donde fué preciso que cuatro compañías cargasen á la bayoneta para rechazarlos y proteger el paso de las acémilas.

Entre tanto, el grueso del ejército, á cuya cabeza iba el General en jefe con su E. M., iba avanzando hasta llegar á la confluencia del rio Jelú con el Buceja, donde más empeñado estaba el fuego, sostenido vigorosamente por las fuerzas enemigas que se habian acumulado en número considerable.

El Duque de Tetuan dispuso que el segundo batallon del regimiento de Granada y un escuadron de Albuera vadeasen el Jelú, que estaba á la izquierda; operacion que ejecutaron con la mayor bizarría, lanzándose á la carga y á la bayoneta sobre el enemigo, al mismo tiempo que los restantes batallones del primer cuerpo ataca-

ban por el frente, con el objeto de tomar una altura que podia servir de situacion dominante en la lucha.

Conociendo los moros la importancia de aquella posicion, acudian en aquel momento por la opuesta ladera, decididos á ocuparla con fuerzas muy superiores; de modo que, al llegar á la cumbre, se encontraron imprevistamente unos con otros, empeñándose una terrible lucha al arma blanca, en que los cazadores de Cataluña y de Madrid hicieron prodigiosos esfuerzos, hasta quedar dueños de la altura.

Los moros, sin embargo, reforzándose en su fuga con nuevas reservas y aprovechando las quebraduras del terreno, volvieron á presentarse con desesperado ardimiento sobre la derecha y el frente, intentando cerrar el paso á nuestras tropas. En estos momentos llegó el general PRIM con la primera division del segundo cuerpo; y en cumplimiento de una orden del General en jefe, hizo avanzar los dos batallones del regimiento de Castilla, que lanzándose á la bayoneta, contribuyeron con una vigorosa carga á desalojar al enemigo de las posiciones de la derecha, despues de lo cual volvieron á incorporarse con el resto de sus fuerzas, que tambien habian desfilado de flanco en la misma direccion.

Al desprenderse el Conde de Reus de la mayor parte de la primera division, comprendió qué lo récio de la batalla no seria por la derecha, y dispuso que los voluntarios catalanes, en número de doscientos cincuenta, mandados por el coronel don Francisco María Fort, permanecieran firmes. No le engañó su prevision: momentos despues, el batallon de Granada y el escuadron de Albuera, que se sostenian en la extrema izquierda, fueron acometidos por una muchedumbre innumerable de enemigos; visto lo cual, el General en jefe acudió precipitadamente al punto donde se encontraba el Conde de Reus, y le previno que enviase una brigada de la segunda division en apoyo de las fuerzas amenazadas.

—La segunda division no ha llegado aun, contestó el general PRIM, y la primera está empeñada en la derecha; pero aquí tengo á los catalanes.....

—Son pocos, y no podrán sostener el choque de tanta gente, repuso el general O'Donnell.

—Harán lo que puedan, replicó el Conde de Reus. — Y dirigiéndose hácia ellos, les dijo con enérgico acento:

—“Voluntarios, atravesad el rio por ese vado, y corred á contener el torrente que amenaza destrozár á Granada y arrollar nuestra izquierda. Marchad; y si

no podeis resistir, haceos matar hasta el último, como cumple vuestra fama.»

Lo que entonces pasó, fué brillantemente descrito por el mismo general PRIM, en estos términos ¹:

“El muy intrépido coronel Fort manda armar la bayoneta, y la legion se precipita al rio: en un instante lo vadean, trepan la escarpada opuesta orilla, ganan la llanura y marchan resueltos á oponerse al torrente de gente mora. ¿Podrán sostener el terrible choque? Sí, podrán; que son hombres nacidos en mi tierra y las sombras de Roger de Flor y Berenguer de Entenza están con ellos. Al mismo tiempo que Granada se sostiene valientemente, sobre la izquierda carga el escuadron resueltamente al enemigo; pero los moros son muchos, y nuestra caballería, obligada á retroceder, y asustados los caballos por los alaridos de los moros, se dispersan, y muchos de ellos pasan por encima de los catalanes y los atropellan. La caballería mora, la guardia negra, feroz por su aspecto y vocería, está ya encima, y los catalanes no tienen siquiera tiempo de formar. ¡Momento terrible! ¡Ah...! Ya están en pié.... ¿Qué harán? ¿Retrocederán hácia el rio, ó se replegarán sobre Granada?... No; que esto seria ser vencidos, y su general les dió la orden de hacerse matar. Ya están en pié, y aunque abiertos y rotos, cada uno se apresta á vender cara su vida. Entonces empieza uno de esos combates de gigantes, que nos cuentan las leyendas y tenemos por fabulosos. ¡Qué cuadro aquel!..... ¡Ahora mismo lo estoy viendo, como lo veré toda mi vida! Nada más grande, nada más sublime que ver á aquel puñado de hombres combatir contra una caballería valiente y numerosa, sin cederles un palmo de terreno. Al coronel Fort le matan el caballo, pero por fortuna cae de pié: dos ginetes se precipitan sobre él; al uno lo derriba de un pistoletazo, y al otro le mete la punta de la espada en el hocico del caballo, que se encabrita enfurecido y despide al guardia negro, que viene á morir por la bayoneta de un voluntario: y allí se ven tres contra uno; en otro grupo diez contra cinco, y los oficiales, sable en mano y rewólver en la izquierda, siembran la muerte á su alrededor. Todos combaten cuerpo á cuerpo, y como no hay tiempo de cargar los fusiles, hieren y matan caballos á bayonetazos, y arremeten al jinete en la caida. Hay uno á quien una bala le ha roto el fusil, y lo ha soltado; pero empuña la navaja: es hombre vigoroso, coje á un moro por el jaique, lo derriba y lo degüella. El salvaje y descomunal combate ha durado unos minutos, y sin embargo, de doscientos cincuenta valientes, siete oficiales y ciento once voluntarios

¹ Discurso pronunciado por el Conde de Reus en el Salon de Ciento de Barcelona, el dia que se le declaró hijo adoptivo de esta ciudad.

se revuelcan en su sangre. Los que quedan en pié provocan todavía con su actitud á la morisma; pero esta ya no se atreve, y huye espantada de la fiereza cristiana.,

Oportunamente llegó á este tiempo la segunda division, cuya segunda brigada (Hediger) corrió en auxilio de los catalanes, y lanzando sus batallones al punto del combate, aseguró la posicion por aquel lado. La primera brigada, al mando del brigadier D. Luis Serrano, con las baterías de montaña y de cohetes, avanzó al poco rato por el frente, con el objeto de proteger á los batallones de la izquierda, romper el centro de la línea enemiga y precipitar sus huestes sobre el puente de Buceja, forzando un paso estrecho que precede á la llanura. Esta operacion fué ejecutada con grande arrojo, marchando á la cabeza de la brigada el batallon de Navarra. Rotos los escuadrones moros, y empujados hácia el llano, cedieron en la izquierda y en las alturas de la derecha, y se pusieron en actitud de defender el puente; pero el general PRIM, en cuyo apoyo acababan de llegar los coraceros y otra batería, se apoderó rápidamente de las alturas que lo dominan, obligando al enemigo á pasar por él y por los vados en precipitada fuga; y sin darle un momento de respiro, colocó de nuevo la artillería en posicion, logrando dispersarle: inmediatamente lanzó los batallones al llano, y reunidas las baterías y la caballería, marchó resuelto hácia las alturas de Wad-Ras, calculando que aquel seria el punto decisivo de la jornada.

Tomado el primer escalon de la áspera montaña, el general PRIM trató de sostenerse en él, sin ir más adelante hasta recibir instrucciones del Duque de Tetuan; pero comprendiendo los moros la importancia de aquel punto, se propusieron arrojarle de él, y le atacaron con indecible furia, trabándose una larga série de encarnizados combates, en que obligadas á ceder algunas veces nuestras tropas, y cargando con renovados bríos, llegaron hasta las inmediaciones de un aduar, situado á espaldas de un bosque que coronaba el mogote acabado de conquistar.

Dejando allí la artillería nuevamente en posicion, protegida por dos escuadrones al mando del brigadier Conde de la Cimera, con órden de guardar la llanura y prevenir todo ataque por retaguardia, el general PRIM, con solo su escolta de infantería, el batallon de Navarra y una compañía de Minadores, avanzó resueltamente de frente, arrollando á sus numerosos enemigos; les arrojó del aduar, apoderóse de él, y lo entregó por último á las llamas.

Rechazados los moros, volvieron á organizarse en un segundo aduar, y en los bosques que dominaban al primero; y allí empezó una lucha dura, tenaz, encarnizada, en que se probó una vez más de cuánto son capaces los soldados españoles. El enemigo cargó con furia por aquel lado, y aun trató de envolver la derecha de nuestras tropas, siendo tanto su empuje, que obligó á las del centro á retroceder, y el batallon de Navarra y la caballería se pronunciaron en retirada. Entonces el bizarro General se puso á la cabeza de un batallon de Leon, y con él y un escuadron de coraceros, no sólo reconquistó el primer aduar, sino que tomó el segundo, causando estragos en sus defensores, que lo abandonaron pegándole fuego. Mientras Navarra se reorganizaba en el primer aduar, otra carga resuelta y desesperada de los moros, que volvieron á presentarse por la derecha y frente, hizo replegar á Leon y Chiclana; pero habiéndolo previsto el General, púscose á la cabeza de Navarra y reconquistó la posicion perdida. Los escuadrones de coraceros, guiados por el valiente brigadier Villate, compartian con la infantería los peligros y la gloria de aquella desigual y obstinadísima lucha.

Eran las tres de la tarde, y hacia ya seis horas que las tropas del segundo cuerpo sostenian solas lo más recio de la pelea, luchando con el grueso de las huestes marroquies, atravesando rios, cruzando bosques, salvando desfiladeros, coronando alturas casi inaccesibles, tomando á la bayoneta riscos y aduares, llevando encima todo su equipaje y repuesto de raciones para seis dias, y soportando el nutrido fuego de veinte mil enemigos, que combatian como fieras, poseidos de la rabia más enconada. La situacion de aquellas tropas no podia prolongarse sino á costa de heroicos sacrificios y desesperados esfuerzos.

La línea de batalla se habia extendido entre tanto más de tres leguas, á causa del empeño que ponian los moros en rodear y envolver á nuestro ejército, contando para ello con sus numerosas legiones, que no bajaban aquel dia de cuarenta y cinco á cincuenta mil hombres. En la vanguardia se hallaba el primer cuerpo combatiendo todavía y esperando el momento del ataque general; en el centro, el segundo resistiendo á la inmensa muchedumbre de sus enemigos; por la derecha, el general Rios con la division de reserva, pugnaba para rebasar el flanco izquierdo de los marroquies, sin haber podido impedir que estos se corriesen hasta la Aduana de Tetuan, donde tambien se peleaba; el tercer cuerpo, despues de rechazar á aquellos en su extrema derecha, llegaba por fin á la altura del puente de Buceja. Por todas partes habia fuego; tronaba el cañon; embestian los ginetes moros en anchos